

Siete vidas como...



NO creas, querido Ernesto, que me voy a cansar de darte la bienvenida. De nuevo—en buena hora—estás aquí. Y cada vez que vienes eres más nuestro y también—lo que son las cosas—más tuyo. Y cada vez que vienes—yo lo sé—te cuesta más irte, y hasta es posible—vas a perdonarme—que para ti no fuera un disgusto tan gordo el quedarte aquí temporal y aun eternamente en eso que se llama la inmortalidad, y que tú, como león de presa que eres, sólo consideras algo así como brizna de heno entre los pliegues de la garra.

Eres de los pocos que cuando vienes a nuestro país dejas el sol, la luz, el aire y la baratura... en un enésimo lugar. A ti te rinde el ser bravío y resignado de nuestras gentes, el pulso fatalista y corajudo de nuestro paisanaje, el clarín que anuncia verdades que cuestan sangre y ese vino esclarecedor que casi se regala y que es como una sangre nueva que hace sabiduría y gozo de nuestra pobreza y de nuestra indiferencia a todo... ¿Es que vivimos a destiempo, es que nos hemos adelantado un poco y estamos cansados del pre-nuncio?

Lo importante es que estás aquí. Y que lo que vienes buscando lo encontrarás. Y que cada vez—no me engaño—pulsarás más cordura y pasión entre los españoles.

Recién salido del tren esta mañana, me dijeron de ti —pásmate— que estabas «fiambre». Yo conozco tu humor. Algún latoso, algún ingenuo, algún bobín con simpleza de culo de vaso, le dió el susto a Marino, que me llamó alarmado. Absurdo. Me figuro que solo se trataba de alguien que quiso despertarte para luego hacerte una entrevista; esas entrevistas que tú aguantas por no maldecir y que luego le darán pie a los escandalidos camaleones de la fama para decir que es cara publicidad... Pues bueno; después de esta broma (en que a lo mejor tú dijiste o mandaste

decir: «digan que me he muerto» —y a lo mejor estabas como de cuerpo presente, y de cuerpo presente te he oído decir cosas peores—, me llamaron asustados, y yo —la verdad— no lo creí. Me resisto a esta verdad. Lo que no puede ser, no puede ser. Y cuando sea, no será tan sosamente. Eres duro y fuerte, a pesar de que maltratas y dilapidas tu existencia como pocos. Te digo que me resistí a creerlo y me vine al periódico con esta foto que un día te hice en La Habana —La Habana que ya se está poniendo un poco cargante y aburrida—, esta foto tan íntima, donde tú acaricias el símbolo de tu vida, este gato listo y siete-vidas, que acude, o se escapa —según— al nombre aventurero y predestinado de «Colón».

No. Todavía no. Hay más tela que cortar, hay más leña que partir, hay muchos más toros que lidiar. ¡Con lo bueno que se está poniendo todo lo del Congo!

Tu mano ancha, tu mano resistente, tu mano generosa, todavía apretará muchas manos españolas, manos de campesinos andaluces, manos de pastores vascos, manos de castizos madrileños..., manos de escritores jóvenes que creen en ti.

Lo importante es que estás aquí y que has venido. Tú sabes, como yo, que estos bulos traen suerte. Lo que no da suerte es haberse muerto de verdad, o no poder escribir, o no poder recorrer España con esas milagrosas alforjas tuyas en donde por cada pedazo de verdad o de imaginación que recibes, devuelves un pan entero de fe y de valor.. y de arte puro.

Descansa, Ernesto, en tu muerte aparente, y hasta que nos veamos derrochando vida por cualquier rincón de tu único tema: España.

Pero mientras tanto, cuidate, lleva cuidado, no sea que un día te mueras de verdad, y a los que te queremos bien nos coja riéndonos a carcajadas.

Un abrazo.